

OBRAS DE
SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

OTELO

MUCHO RUIDO PARA NADA

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

Calle del Rubio, núm. 25

MUCHO RUIDO
PARA NADA.

PERSONAJES.

DON PEDRO, *príncipe de Aragon.*

DON JUAN, *su hermano bastardo.*

CLAUDIO, *jóven noble de Florencia.*

BENITO, *jóven noble de Padua.*

LEONATO, *gobernador de Mesina.*

ANTONIO, *su hermano.*

BALTASAR, *caballero de la servidumbre de Don Pedro.*

CONRADO, }
BORRACHO, } *criados de Don Juan.*

FRAY FRANCISCO.

MATACAN, *alguacil.*

VARILLAS, *alcalde de barrio.*

Un escribano.

Un paje.

HERO, *hija de Leonato.*

BEATRIZ, *sobrina de Leonato.*

MARGARITA, }
ÚRSULA, } *doncellas de la servidumbre de Hero.*

Mensajeros, ronda, acompañamiento, etc.

ESCENA : en Mesina.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza delante de la casa de Leonato.

Salen LEONATO, HERO, BEATRIZ *y un* MENSAJERO.

LEO. Veo por esta carta que Don Pedro de Aragon debe llegar esta noche á Mesina.

MENS. Ya no puede estar léjos, pues cuando yo le dejé apénas se hallaba á tres leguas de la ciudad.

LEO. ¿Cuántos caballeros habeis perdido en esta accion?

MENS. Pocos de cualquiera clase, y ninguno de nombradía.

LEO. Una victoria vale por dos cuando el vencedor torna á casa con números completos. Segun veo, Don Pedro ha colmado de honores á un jóven florentino llamado Claudio.

MENS. Muy merecidos por su comportamiento, á que en igual grado ha correspondido Don Pedro. Se ha portado mejor de lo que era de esperar de sus pocos años; ha hecho en forma de oveja hazañas de Leon. En efecto, ha excedido las más lisonjeras esperanzas mejor de lo que yo os podré decir.

LEO. Tiene un tio aquí en Mesina que se alegrará mucho de saberlo.

MENS. Le he entregado ya unas cartas y muestra sentir gran júbilo, tan grande, que el gozo no pudo manifestarse bastante modesto, sin ostentar una señal de dolor.

LEO. ¿Rompió á llorar quizá?

MENS. En mucha copia.

LEO. Fué un tierno exceso de ternura. No hay caras más leales que las que de tal suerte se lavan. ¡Cuánto más vale llorar de alegría que alegrarse del lloro!

BEA. Decidme, os ruego: ¿ha regresado de la guerra el señor Montante, ó no?

MENS. No conozco á nadie de ese nombre, señora: ninguno de los oficiales se llama así.

LEO. ¿Por quién preguntais, sobrina?

HERO. Mi prima quiere decir el señor Benito de Padua.

MENS. Oh, sí, ha regresado y está tan festivo como siempre.

BEA. Publicó un cartel aquí en Mesina retando á Cupido al vuelo; y el bufon de mi tío suscribió en nombre de Cupido y le desafió á la saetilla. Decidme: ¿cuántos ha muerto y se ha tragado en esta guerra? Pero nó; ¿cuántos ha muerto? Pues en verdad que le prometí comerme á todos los que él matara.

LEO. A fe, sobrina, tratáis con harta dureza al señor Benito; aunque dareis en él con la orma de vuestro zapato; no lo dudo.

MENS. Ha prestado buenos servicios en esta guerra, señora.

BEA. Tendriais víveres averiados y os ayudó á despacharlos; ¿no es cierto? ¡Oh! eso sí; es un héroe en la mesa; tiene valiente estómago.

MENS. Tambien es buen soldado, noble dama.

BEA. Sí, buen soldado entre damas. ¿Pero qué es entre caballeros?

MENS. Entre caballeros, caballero; entre hom-

bres, hombre, lleno de toda suerte de honrosas virtudes.

BEA. En efecto, no es sino un hombre lleno, relleno; pero en cuanto al relleno, ¡válgame Dios!... En fin, todos somos mortales.

LEO. No tomeis en mal sentido las palabras de mi sobrina. Hay declarada entre ella y el señor Benito una especie de guerra chistosa. No se encuentran nunca sin que estalle entre ellos una escaramuza de agudezas.

BEA. En que el pobre sale siempre mal parado. En nuestro último encuentro, de sus cinco sentidos, cuatro salieron baldados, y ya no le queda más que uno para gobierno de todo su sér; de suerte que si le queda ingenio suficiente para abrigarse del frío, será lo único en que se distinga de su caballo; pues no le queda ya más talento que el indispensable para poder pasar por sér racional. ¿Quién es su inseparable ahora? Pues todos los meses tiene un nuevo amigo íntimo.

MENS. ¿Es posible?

BEA. Y tan posible. Muda de amistad como de sombrero: varía según la moda.

MENS. Advierto, señora, que ese gentilhombre no es santo de vuestra devoción.

BEA. No; si lo fuera, prendería fuego á mi santuario. Pero decidme, os ruego: ¿quién es su compañero? No hay ningún jóven espadachín que quiera hacer con él un viaje á los infiernos?

MENS. Las más veces suele ir acompañado del muy noble Claudio.

BEA. ¡Infeliz! Se pegará á él como una epidemia. Es más contagioso que la peste; y el que coge esa enfermedad, no tarda en perder el juicio. ¡Dios asista al noble Claudio! Si le ha salido la enfermedad Benito, la cura le costará mil doblones por lo ménos.

MENS. Quiero siempre ser amigo vuestro, señora.

BEA. Sedlo, mi buen amigo.

LEO. No hay temor de que os volvais nunca loca, sobrina.

BEA. Nó, miéntas no haga calor en Enero.

MENS. Don Pedro se acerca.

Salen DON PEDRO, DON JUAN, CLAUDIO, BENITO *y*
BALTASAR.

D. PED. Querido señor Leonato, salís al encuentro de vuestro desasosiego. Es costumbre en el mundo huir del gasto, y vos vais en busca de él.

LEO. Jamás entró el desasosiego en mi casa bajo la semejanza de vuestra Alteza; pues cuando el desasosiego nos abandona, suele reemplazarlo el bienestar; pero cuando vos me abandonais, la tristeza se queda en casa, y la alegría es la que se despide.

D. PED. Aceptais esta carga con demasiada buena voluntad. ¿Esta es vuestra hija, si no yerro?

LEO. Muchas veces me lo dijo su madre.

BEN. ¿Lo dudabais acaso, hidalgo, cuando se lo preguntasteis?

LEO. No tal, señor Benito; aún erais niño entonces.

D. PED. Volved por otra, Benito. De eso podremos deducir lo que sereis siendo hombre. En verdad la dama revela bien claramente su origen. Sed feliz, señora, pues os pareceis á un padre por extremo honrado.

BEN. Aunque sea su padre el señor Leonato, y por grande que sea el parecido entre ella y él, sospecho, sin embargo, que por toda Mesina no quisiera ella cargar con esa cabeza.

BEA. Me admira que os empeñeis en seguir hablando, señor Benito. ¿No veis que nadie os hace caso?

BEN. ¡Hola! Mi señora doña Desden, ¿estais aún en vida?

BEA. ¿Cómo es posible que se muera el desden, pudiéndose cebar en tan buen pasto como el señor Benito? Fuerza es que la cortesía misma se trueque en desden, estando vos en su presencia.

BEN. En tal caso renegara de sí misma la cortesía. Pero es lo cierto que todas las damas están prendadas de mí, vos exceptuada; y á fe que quisiera en el alma que no fuera tan duro mi corazón, pues juro que no amo á ninguna.

BEA. ¡Qué dicha para las mujeres! De otra suerte se verian importunadas por un pretendiente enojoso. ¡Gracias á Dios y á mi temperamento frio, en eso me parezco á vos. Más quiero oir á mi perro ladrar á un grajo, que á un hombre jurar que me adora.

BEN. ¡Dios os mantenga siempre firme en ese propósito! De ese modo se librárá algun hombre de bien de que le saquen los ojos á arañazos.

BEA. A ser sus ojos como los vuestros, imposible seria afearlos ni aún á arañazos.

BEN. Bueno. Os pintais sola para maestra de cotorras.

BEA. Más vale un ave de mi lengua que un bruto de la vuestra.

BEN. ¡Ojalá tuviera mi caballo la ligereza de vuestra lengua, y anduviera así siempre sin parar. Pero idos ya con Dios: he acabado.

BEA. Siempre habeis de acabar con una chalanada. Os conozco ya de antiguo.

D. PED. Eso es en suma, Leonato.—Señor Claudio, y vos, señor Benito, mi querido amigo Leonato os convida á todos. Le digo que nos quedaremos aquí un mes cuando ménos, y él ruega á Dios que algun acontecimiento pueda ser parte á prolongar nuestra estancia. Oso

jurar que no es hipócrita, sino que lo desea de corazón.

LEO. Si lo jurarais, no juraríais en falso. (A D. Juan.)
Dejad que os dé la bienvenida, Alteza. Habiendo hecho las amistades con vuestro hermano, os debo toda suerte de atenciones.

D. JUAN. Gracias. Soy hombre de pocas palabras; pero... gracias.

LEO. Si os place, Alteza, guiad.

D. PED. Vuestro brazo, Leonato; iremos juntos.
(Vánse todos ménos Benito y Claudio.)

CLAUD. Benito, ¿te has fijado en la hija del señor Leonato?

BEN. No me he fijado en ella precisamente, pero la he mirado.

CLAUD. ¿No es una niña en extremo modesta?

BEN. ¿Me pedís como hombre honrado mi parecer liso y llano, ó queréis que os conteste segun acostumbro, es decir, como enemigo inexorable de su sexo?

CLAUD. No; te ruego que me hables con toda formalidad.

BEN. Pues entónces, á fe de hombre honrado, se me antoja que es muy bajita para merecer un alto elogio, muy morena para merecer un claro elogio, y muy chiquita para merecer un gran elogio: la única alabanza que la puedo tributar es que si fuera otra de la que es, no seria bonita, y siendo tal cual es, no me gusta.

CLAUD. Piensas que estoy de broma: con formalidad, dime francamente si te gusta, te lo ruego.

BEN. ¿A qué tomar tantos informes? ¿La queréis comprar?

CLAUD. ¿Hay acaso dinero en el mundo para comprar tal joya?

BEN. Sí por cierto, y tambien un estuche donde guardarla. ¿Pero habláis seriamente, ó es burla no más, y nos vendreis diciendo luego que Cu-

vido es un diestro cazador de liebres, y Vulcano un famoso carpintero? Vamos, decidme en qué tonohay que cantar para no desentonar con vos.

CLAUD. A mis ojos parece la más hermosa dama que ví jamás.

BEN. Pues yo veo aún muy bien sin gafas, y sin embargo no descubro esos hechizos. Ahí teneis á su prima; si no estuviera poseida de una furia, la excederia en hermosura tanto como el primer dia de Mayo al último de Diciembre. Pero espero que no teneis intencion de convertirros en marido; ¿ó es tal vuestro propósito?

CLAUD. Aun cuando hubiese hecho voto de castidad, me parece que lo quebrantaria si consintiese Hero en ser mi esposa.

BEN. ¿En eso estais? ¡Por vida! ¿no habrá en el mundo un solo hombre que no quiera llevar su gorra de un modo sospechoso? ¿No he de volver á ver nunca un solteron de sesenta años? Anda; ya que te empeñas en doblar el cuello al yugo, ostenta su triste señal, y pasa sollozando tus domingos. Mirad, Don Pedro vuelve en busca vuestra.

Sale DON PEDRO.

D. PED. ¿Qué misterio os ha detenido aquí? ¿Por qué no entrasteis con nosotros en casa de Leonato?

BEN. Quisiera que vuestra Alteza me obligara á hablar.

D. PED. Te lo mando por tu fidelidad de vasallo.

BEN. ¿Lo oís, conde Claudio? Sé callar como un mudo, bien lo podeis creer; pero por mi fidelidad de vasallo... notadlo bien, por mi fidelidad de vasallo... Está enamorado. ¿De quién? Eso es lo que debe preguntarme ahora vuestra Alteza. Notad cuan breve es su respuesta:—De Hero, la hija chiquita de Leonato.

CLAUD. Y si así fuera, ya estaria todo dicho.

BEN. La cancion de siempre, Alteza: «Ni es así, ni fué así, y Dios no quiera que sea así.»

CLAUD. Si mi pasion no se muda en breve, no quiera Dios que sea de otro modo.

D. PED. Amén, digo, si es que la amais, pues la dama es muy digna de vuestro amor.

CLAUD. Decís eso á fin de sondearme, señor.

D. PED. Por mi honor, hablo con toda sinceridad.

CLAUD. Pues á fe mia, Alteza, hablé con toda sinceridad.

BEN. Pues por mi doble fe y doble honor, Alteza, tambien hablé con toda sinceridad.

CLAUD. Que la amo sé.

D. PED. Que ella es digna de tu amor, me consta.

BEN. Pues yo ni sé cómo se la puede amar, ni me consta que sea digna de ser amada; hé aquí una conviccion que el fuego no logrará extirpar de mi alma; en ella dejárame tostar por el Santo Oficio.

D. PED. Fuiste siempre un hereje empedernido en negar culto á la hermosura.

CLAUD. Y nunca pudo sostener su papel, sino violentando su voluntad.

BEN. Que me haya concebido una mujer, es cosa que le agradezco; que una mujer me haya criado, tambien es cosa por la cual le doy humildes gracias; pero perdónenme las mujeres todas si me resisto á entrar en la cofradía y á ornar mi frente con el instrumento tan grato al oido del cazador. Precisamente porque no quiero hacerlas la injusticia de desconfiar de alguna, me reservo el derecho de no fiarme de ninguna; y en resumidas cuentas, lo cual sin duda mejor cuenta me tiene, quiero vivir soltero.

D. PED. Antes de morir he de verte pálido de amor.

BEN. De ira, de enfermedad, ó de hambre, Alteza;

pero no de amor. Si lograis probarme alguna vez que el amor me haya quitado más sangre de la que pueda recuperar bebiéndome un frasco de vino, sacadme los ojos con la pluma de un coplero, y colgadme en la puerta de un burdel como muestra del ciego Cupido.

D. PED. Pues, á fe, si alguna vez reniegas de esa creencia, tu conversion hará milagros.

BEN. Si tal hiciere, colgadme en una botella como un gato y que os sirva de blanco, y al que me diere, dadle una palmada en el hombro y llamadle *Adan* (1).

D. PED. En fin, el tiempo lo dirá; pues con el tiempo

«La frente al yugo el bravo toro ofrece.»

BEN. La ofrecerá el bravo toro; pero lo que es el juicioso Benito, si tal hiciere, arrancadle las astas al toro y plantádmelas aquí en la frente, y que me retrate luego un pintor de muestras, y así como suelen escribir en gruesos caracteres «Aquí se alquilan buenos caballos,» que pongan un letrero debajo de mi efigie que diga: «Aquí podeis ver á Benito el hombre casado.»

CLAUD. Si eso llegase á suceder alguna vez, te arrancarias las astas de rabia.

D. PED. Pues si Cupido no ha vaciado su aljaba en Venecia, no tardarás en temblar por esto.

BEN. Antes temblará la tierra.

D. PED. Hasta entónces tratad de contemporizar con las horas. Entre tanto, señor Benito, entrad en casa del señor Leonato, saludadle de

(1) Alude á una bárbara diversion que había antiguamente en algunos condados de Inglaterra, y que consistia en colgar de una cuerda un gato encerrado en una botella de madera llena de hollín. El gañan que lograba hundir el fondo del recipiente sin mancharse con su contenido, era considerado como el héroe de la fiesta.

mi parte y decid que no faltaré á la hora de la cena; pues, segun oigo, ha hecho grandes preparativos.

BEN. Aún me siento capaz de desempeñar esa comision; y con eso os encomiendo...

CLAUD. Al amparo de Dios; de esta mi casa, si la tuviese...

D. PED. A seis de Julio, vuestro afectísimo amigo, Benito.

BEN. No os burleis, no os burleis, señores: la tela de vuestro discurso suele estar á veces bastante mal tejida, y en partes descubre la hilaza. Haced exámen de conciencia ántes de echar mano de chistes tan rancios; con esto me despido. (Vase.)

CLAUD. Podeis hacerme gran merced, Alteza.

D. PED. Tú mandasen mi afecto; habla, por tanto, Enséñale á cumplir lo que le exiges, Y tú verás cuán fácilmente aprende La más árdua leccion, en siendo cosa Que pueda redundar en tu provecho.

CLAUD. ¿Tiene algun hijo Léonato acaso?

D. PED. Hero no más; es su única heredera. ¿Te agrada, Claudio?

CLAUD. Aun ántes que emprendiese
Vuestra Alteza la guerra que ahora acaba,
La contemplé con ojos de soldado,
Y me agradó; mas ocupado entónces
Estaba con más áspero negocio
Que el de trocar en llama aquel agrado.
Mas ya que he vuelto y que el afan guerrero
Empieza ya á desocupar mi mente,
En su lugar se agolpan á mi alma
Más tiernos y más plácidos afanes,
Que me recuerdan cuán hermosa es Hero,
Y que ántes de la guerra me agradaba.

D. PED. En breve cual amante apasionado
Fatigarás al pobre que te escucha,

Sin duda, con un libro de palabras.
 Si á Hero bella adoras, no te apures,
 Pues hablaré á su padre, y á ella misma,
 Y la conseguirás. ¿No es este el blanco
 A que apuntaba tu oracion discreta?

CLAUD. Con qué ternura sana el pecho amante
 Quien, como vos, el mal de amor advierte
 En la color quebrada de su rostro.
 Quisiera, empero, porque no parezca
 Mi afecto demasiado repentino,
 Robustecerlo con más larga cura.

D. PED. ¿A qué más ancho el puente que el arroyo?
 Merced más justa no hay que la precisa.
 La senda abierta está. La amas ¿no es eso?
 Pues yo á tu afan sabré buscar alivio.
 Esta noche habrá máscaras, sin duda:
 De tu papel me encargo; disfrazado,
 Que Claudio soy diré á la bella Hero,
 Y vaciaré en su seno el pecho mio,
 Cautivaré su oido con la fuerza
 Y el arrebató de mi ruego ardiente;
 Al punto luego al padre me declaro,
 Y todo acabará siendo ella tuya.
 Pongámoslo por obra sin tardanza. (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala de la casa de Leonato.

Salen LEONATO y ANTONIO por opuestos lados.

LEO. ¿Qué tal, hermano? ¿Dónde está mi sobrino,
 tu hijo? ¿Ha encargado la música?

ANT. Anda muy ocupado en ello. Pero, hermano
 mio, puedo revelarte ciertas nuevas extrañas
 en que aún no soñaste siquiera.

LEO. ¿Son buenas?

ANT. Serán buenas ó malas segun el sello que el

éxito las imprima; no obstante, la cubierta es buena, su aspecto exterior es favorable. El príncipe y el conde Claudio, paseándose por una calle frondosa de mi jardín, fueron acechados por un criado mio, quien pudo entreoir lo siguiente: el príncipe manifestó á Claudio que amaba á mi sobrina, tu hija; que tenia propósito de declarárselo á ella esta noche en el baile, y que si la hallaba conforme, estaba resuelto á tomar la ocasion por el copete y á descubrírtelo en seguida.

LEO. ¿Está en su cabal juicio el mozo que eso te dijo?

ANT. Es bravo mozo y listo: mandaré por él y le podrás interrogar tú mismo.

LEO. No tal; lo tendremos por un sueño hasta que se aclare por sí propio. Con todo, quiero decírselo á mi hija á fin de que esté más prevenida para hallar respuesta, en caso de que fuere cierto. Id y contádselo. (Salen varios criados.) Amigos míos, ya sabeis lo que teneis que hacer.—Perdonadme, amigo, venid conmigo, he menester de vuestro ingenio.—Buen primo, tened cuidado en estos momentos de bullicio. (Vánse.)

ESCENA III.

La misma decoracion que en la anterior.

Salen DON JUAN y CONRADO.

CON. ¡Por vida del dios Momo, Alteza! ¿De qué nace esa tristeza extremada?

D. JUAN. Extremada es la causa de mi pesar, por eso es sin límite mi tristeza.

CON. Debierais atender á la razon.

D. JUAN. ¿Y si le atendiese, qué consuelo me daria?

CON. Si no un remedio instantáneo, al ménos paciencia para soportar el mal.

D. JUAN. Admírame que tú que naciste, segun afirmas, bajo el influjo de Saturno, trates de aplicar un remedio moral á un mal mortífero. Yo no sé disimular; es forzoso que esté triste cuando tengo motivo, sin reirme de los chistes de nadie; que coma cuando estoy hambriento, sin aguardar la comodidad de nadie; que duerma cuando me acosa el sueño, sin atender á los negocios de nadie; que me ria cuando estoy alegre, sin lisonjear á nadie en sus ratos de mal humor.

CON. Si; pero no debierais hacer gala de eso miéntas no pudierais hacerlo sin restriccion. Ha poco que os desavenisteis con vuestro hermano, el cual acaba de reponeros en su gracia, en donde es imposible que echeis raices hondas si no labrais el terreno con vuestras propias obras; es menester que os procureis tiempo bonancible para favorecer vuestra cosecha.

D. JUAN. Mejor quisiera ser gusano en un vallado de zarzas que rosa en el verjel de su gracia, y se acomoda más á mi genio el ser desdeñado de todos que el acomodar mi comportamiento de suerte á ganarme el afecto de cualquiera. De este modo, aunque nadie pueda decir que soy hombre de bien y lisonjero, nadie podrá negar que soy un bellaco abierto y sincero. Se fian de mí con mordaza, y con trabas me sueltan; por tanto, he resuelto no cantar en mi jaula. Si tuviera la boca suelta, morderia; si tuviera mi libertad, obraria segun mi antojo. Entre tanto déjame ser lo que soy, y no trates de reformarme.

CON. ¿No podeis sacar partido alguno de vuestro descontento?

D. JUAN. Todo el partido posible, pues no tengo otro partido alguno.—¿Quién se acerca?

Sale BORRACHO.

¿Qué hay de nuevo, Borracho?

BOR. Salgo de allá enfrente de un opíparo festin: Leonato está festejando con régia esplendidez al príncipe vuestro hermano; y os puedo dar noticia de un matrimonio en ciernes.

D. JUAN. ¿Podrá servir de fundamento para fabricar sobre él alguna diablura? ¿Quién es ese majadero que se quiere desposar con la inquietud?

BOR. No es sino el ojo derecho de vuestro hermano.

D. JUAN. ¿Quién? ¿El gentilísimo Claudio?

BOR. El mismo.

D. JUAN. ¡Lindo mozo! ¿Con quién? ¿Con quién? ¿En dónde puso los ojos?

BOR. En Hero, á fe; la hija y heredera de Leonato.

D. JUAN. ¡Una polluela del mes de Marzo, en cañones! ¿Cómo lo descubriste?

BOR. Desempeño aquí el oficio de zahumador; y mientras estaba ocupado en zahumar un aposento húmedo, ví llegar al príncipe y Claudio que iban mano á mano discurrendo en grave plática. De un brinco me puse detras de los tapices, y les oí acordar que el príncipe debía cortejar á Hero, y habiéndola conseguido, cederla al conde Claudio.

D. JUAN. Venid, venid; vamos allá; esto podrá servir de pasto á mi enojo. Ese jóven héroe improvisado recoge toda la gloria de mi caída. Si logro contrariarle en algun modo, me tendré en todos modos por dichoso. ¿Puedo fiarme de vosotros dos? ¿Me auxiliareis?

CON. Hasta la muerte, Alteza.

D. JUAN. Vámonos al gran festin: el verme subyugado da pábulo á su alegría. ¡Ojalá fuera el cocinero de mi modo de pensar! ¡Vamos á examinar lo que se ha de hacer en esto?

BOR. Estamos á la orden de vuestra Alteza.

(Vánse.)
